

“Las alas negras y las piedras de la luna”

Vi de verdad brillar la luna en los ojos de mi padre, no toda la luna, sólo una piedra de la luna. Salimos un domingo en la mañana, mi padre, mi madre y yo. Tres horas de carretera. Yo no sabía entonces que vivía en el desierto, ahí estaba la mina donde mi padre trabajaba, pensaba que así era todo el mundo: vacío, seco y con la tierra colorada. Todavía no cumplía una década de vida, de hecho no puedo decir que recuerdo el primer alunizaje, pero sí las piedras que vimos algunos años después de aquel acontecimiento, que junto con dos trajes de astronauta, un vehículo lunar y muchas fotos se exhibían en el vestíbulo del teatro porfiriano de la capital del estado. Yo, por supuesto, quedé maravillado por los trajes y el vehículo, pero mi papá, geólogo de profesión, sólo tenía ojos para las piedras. Yo esperaba piedras blancas, que resplandecieran con luz propia, como la luna, pero eran pardas, marrones, semejantes a todas las que conocía y en aquel entonces lo que más conocía de este mundo eran piedras, tierra, yerbas, hormigas, cosas así. No sé si le maravillaban las piedras en sí o el hecho de que en específico éstas que ahora veía hubieran estado hasta hace poco en la luna; lo que, si lo pienso hoy en día, debió ser en realidad algo para maravillarse. Aunque mi padre aún era joven, se comportaba como el hombre más formal y adulto que he conocido jamás; así que eso fue lo primero que me sorprendió del viaje. No hablaba mucho con nosotros, pero siempre nos besaba al salir y regresar a casa. Muchas veces lo había visto analizar piedras, las miraba con un cuentahílos que cargaba en la bolsa de su camisa color caqui, todas sus camisas de trabajo eran iguales. A veces paraba el

coche a media carretera, caminaba, tomaba una piedra, la analizaba y, si le interesaba, la guardaba. Siempre lo hacía muy concentrado, con la seriedad de un relojero. Las piedras de la luna, en cambio, las vio como yo vi los trajes de astronauta; de haber podido, los habría tocado, él hubiera hecho lo mismo con las piedras.

Mi mamá era una jovencita atractiva. No me engaño, tengo fotos, hoy es muy grande, una anciana, mi papá tiene desde entonces la misma edad. Mucha gente se arremolinaba yendo de una a otra vitrina, comentaban todo aquello; eran las primeras cosas que veían, tal cual, venidas del cielo. Mi padre no hablaba, sólo miraba, no recuerdo que mi madre disfrutara tanto la exhibición como nosotros, supongo que la vio muy rápido y nos esperó a un lado con cierta impaciencia. El plan era ir a la exhibición de la NASA, pasear un rato por el jardín de la ciudad, hacer compras en el supermercado, que no había donde vivíamos, y regresarnos mi padre y yo en el coche ese mismo día con la compra; ella se quedaría en un hotel para ir al médico al día siguiente y regresaría en autobús, nosotros teníamos que ir el lunes, él a trabajar y yo a la escuela.

De entre la gente se acercó una señora a saludar a mi papá; me acuerdo muy bien de su vestido, tenía estampadas flores naranjas y cafés, de ella, en cambio, no recuerdo nada, se me ha borrado por completo. Yo estaba a cierta distancia, no sé que se dijeron y por segunda vez, con diferencia de apenas unos minutos, vi cómo se iluminaba el rostro de mi padre. Después fueron los dos a saludar a mi mamá; como era de esperarse, me llamaron para presentarme a la señora. “Éste es mi hijo, saluda a fulanita.” “¡Pero qué grande está!...”, etcétera. Odiaba esas cosas, las sigo

odiando. Luego fuimos todos a saludar al esposo de la señora. Las mismas frases, todo eso, y ya no quiso regresar mi papá a ver las piedras. Nos salimos de ahí los tres y dijeron que no íbamos a pasear en el jardín. Fuimos directo al supermercado. Se dividieron la lista en dos y cada quien tomó un carrito para proveerse de lo que le tocaba. Yo acompañé primero a mi mamá, pero me pidió que me fuera con mi padre, así lo hice. Todo pasó en silencio. Después llenamos el automóvil de cosas, sobre todo comida, ocupamos buena parte del asiento trasero, apenas cabía yo. La idea era que lo que necesitaba mantenerse frío debería ir adentro para que recibiera el aire acondicionado. Llegamos al hotel donde se quedaría mi madre. No comimos juntos, mi mamá se despidió de mí, pero no de mi padre. Se vieron un momento antes de que ella se diera la vuelta rumbo a su cuarto sin acercarse a mi papá ni decirle nada.

Viajamos de regreso con el coche lleno de mandado y el aire acondicionado que me congelaba las piernas. Paramos en el restaurante de los dinosaurios que estaba a media carretera, un lugar al que habíamos ido antes y que a mí me gustaba por dos razones, una que tiene que ver con lo pequeño y otra con lo muy grande. Una, porque si alguien pedía un Nescafé, por ahí no vendían café de grano en muchos restaurantes, traían una taza de agua caliente y un pequeño frasco de Nescafé, igual a los de verdad, pero en miniatura, con su tapa que se desenroscaba y todo, en el que cabían dos cucharadas y que yo siempre les pedía para llevármelo. Lo otro que me gustaba era salir a jugar en los dinosaurios después de comer. Eran dos dinosaurios de yeso, enormes, a los que se podía uno subir y echarse por la resbaladilla que les bajaba por el lomo. Todo eso en medio de la nada y al

atardecer, bañado en la luz roja y mirando cómo la atmósfera vibraba en el horizonte. Esta vez yo tenía mucha hambre, mi padre también. No podíamos tardarnos mucho porque el mandado podía echarse a perder. Bajamos los vidrios, lo suficiente para que le entrara el aire de la tarde y no tanto como para que cupiera una persona. De cualquier modo, ahí no había nadie.

El restaurante era limpio, iluminado, con grandes ventanales y perfiles cromados. Parecía muy nuevo aunque lo habían construido con un aire como de los cincuenta. Eso lo sé porque una vez se lo dijo mi papá a mi mamá mientras comíamos. Esta vez ni mi papá ni yo dijimos muchas cosas. Me preguntó si me habían gustado las cosas de la luna y yo dije que sí. Al final pidió un Nescafé, me dio el frasquito como siempre lo hacía y se me quedó viendo cuando lo tomé entre las manos. “Claro –me dijo– eres un niño..., todavía. Yo, en cambio...” Pero ese día me pareció que también se había portado como un niño. No se lo dije.

Pagó la cuenta, fuimos al baño y salimos del lugar. La tarde era muy fresca. Cada quien caminó rumbo a su puerta, él llegó primero y abrió. Entonces se oyó el estruendo, un ruido espantoso. Una sombra gigantesca se movía dentro del coche. Todo se agitaba y era confuso y negro. Un ave grandísima, no sé si era zopilote, buitres, águila o algo así, se había metido al coche y se estaba comiendo nuestras cosas. Cuando el animal escuchó que la puerta se abría sintió la urgencia de salir pero no podía, chocaba contra las ventanas y los asientos y aleteaba con desesperación tratando de escaparse. El primer impulso de mi padre fue volver a cerrar la puerta del coche y se quedó inmóvil viendo lo que ocurría. “Ábrele. Abre la puerta.” Le grité: “Deja que se vaya”. Pero no reaccionó. Corrí hasta su lugar, yo

tenía puesto el seguro, lo hice a un lado y abrí la portezuela, pero entonces el pájaro aquél no podía salir y seguía estrellándose aquí y allá contra el coche y esparciendo la comida por todas partes. Así estuvo un rato hasta que encontró el hueco de la puerta y atravesó justo en medio de nosotros dos empujando el aire con sus grandes alas negras para ganar impulso. Era una inmensa sombra que se fue elevando poco a poco. Nosotros nos quedamos viendo cómo se iba por el cielo hasta perderse.

Mi padre no se había movido en todo ese tiempo. Seguía con la mirada levantada, como si pudiera verlo todavía. Corrí a abrazarlo. Estaba frío. Le pregunté si estaba bien. Hasta entonces me contestó que sí y respondió a mi abrazo apretándome. Salió la mesera del restaurante y vino hasta nosotros. Fue cuando nos entró la urgencia de hablar, como si hubiéramos estado esperando ese momento para decirlo todo. Le contamos lo que había pasado y ella comentaba también, así seguimos hasta que pudimos reposar. Nos ayudó a tirar la comida mordisqueada y trajo servilletas para limpiar las plumas y todo el desastre que había en el coche.

Regresamos en silencio. Se había hecho tarde. Me gustaba mucho viajar de noche por la carretera. Entonces mi papá me dijo: “Tú estás bien...” No era una pregunta; de todos modos le contesté que sí y nos quedamos un rato más callados. “Además –habló de nuevo– sólo eran piedras.” Y luego lo escuché decir más quedito: “Unas pinches piedras...”

Llegamos a la casa. Yo estaba muy cansado. Me acompañó mientras me dormía y eso fue todo. No lo volví a ver desde aquel día.